



Dirección de Prensa

DISCURSO DE S.E. LA PRESIDENTA DE LA REPÚBLICA,  
MICHELLE BACHELET,  
AL RECIBIR EL “INFORME DE DESARROLLO HUMANO 2015: LOS  
TIEMPOS DE LA POLITIZACIÓN”, DEL PNUD

Santiago, 21 de Abril de 2015

Amigas y amigos:

La verdad que es un verdadero privilegio recibir, como es tradición, el undécimo Informe de Desarrollo Humano en Chile, elaborado por los investigadores y todo el equipo profesional y técnico del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Y digo que es un privilegio, porque lo recibimos de primera mano, recién salido del horno, como diríamos, un trabajo que siempre, desde que se empezó a elaborar, ha aportado densidad intelectual a la conversación sobre el presente y las posibilidades futuras de la sociedad chilena.

Como lo diría una “lola”, yo siempre he sido una “fan” de este informe, efectivamente. Antonio lo dijo más elegantemente.

Por lo mismo, se ha constituido en un texto provocador e iluminador, imprescindible para académicos y políticos de todas las corrientes. Y por eso que he sido una lectora entusiasta, a veces de acuerdo, otras veces puedo haber sido crítica de alguna opinión, de todos los informes de desarrollo humano.

Y agradezco no sólo como Presidenta, sino también como ciudadana, la oportunidad de participar del diálogo al que nos está invitando el PNUD.

Los Informes de Desarrollo Humano del PNUD han ido evidenciando publicación tras publicación, los principales desafíos que debemos comprender y afrontar si es que queremos avanzar en un desarrollo que



Dirección de Prensa

amplíe las capacidades de las personas para hacer realidad sus proyectos de vida. Desafíos tales como: las desigualdades territoriales; el impacto del proceso de modernización en la vida cotidiana de las personas y en su sociabilidad; las transformaciones sociales generadas por la globalización; los cambios culturales provocados por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación; el desarrollo del Chile rural; las inequidades de género, entre otros.

Y estos estudios han puesto e interpretado esos desafíos, en el contexto del acelerado proceso de cambios que ha experimentado la sociedad chilena desde el retorno a la democracia. Cambios que no sólo afectan los aspectos objetivos vinculados al progreso material, sino también a aquellos subjetivos relacionados con las percepciones, con los sueños y las esperanzas y las formas de sociabilidad de nuestros compatriotas.

Y el resultado de este enfoque nos ha mostrado, en cada uno de los temas específicos que se han abordado, que los cambios objetivos del desarrollo sólo son sustentables si descansan sobre una subjetividad que se siente reconocida, sobre un capital social que crea cohesión y sentido de nosotros y sobre un espacio activo de participación ciudadana.

Y ese es un mensaje que no pierde actualidad, sino que, por el contrario, la gana. Y es que el desarrollo debe hacerse desde las tramas de la sociedad y para la sociedad.

Ni el mercado crea empoderamiento y cohesión por sí solo, ni las instituciones bastan para fundar un sentido de pertenencia y de valor de lo público. Se requieren también sentidos y experiencias compartidas, una práctica de la igualdad, el respeto, una idea, en suma, de ciudadanía con todos.

Y precisamente, durante los últimos años los informes han constatado el paulatino surgimiento de una ciudadanía crecientemente empoderada y organizada, que reclama por sus derechos y que pone en cuestión la legitimidad de las instituciones políticas. Una ciudadanía que tiene menos temor a los cambios y más confianza en sus capacidades. Pero, al mismo



Dirección de Prensa

tiempo, constata que el orden de lo común, especialmente en sus facetas políticas y de vida económica, no poseen las capacidades para reconocer y desplegar esas capacidades y subjetividades ciudadanas.

Se trata de un creciente divorcio entre las dinámicas y sentidas demandas de la sociedad y los órdenes institucionales que deben encauzarlas y dotarlas de sentido. Y eso, es cierto, es en alguna medida un desafío propio de toda sociedad que se desarrolla, pero eso no es un argumento para pensar que las cosas se van a arreglar por sí solas.

Frente a este desafío que nos recuerdan los informes, la sociedad debe actuar para definir, a través de la democracia, el tipo de orden común deseado y la forma de hacerlo realidad.

En ese sentido, este Informe de Desarrollo Humano 2015, es particularmente oportuno, pues nos da pistas importantes del momento de inflexión que vivimos, donde esa distancia entre ciudadanía y orden institucional se ha vuelto muy amplia.

Al mismo tiempo, y quizás esto sea lo más valioso, nos demuestra las ambivalencias que debemos enfrentar en la actualidad para reconstruir el vínculo entre sociedad y democracia, a la altura de nuestros sueños y posibilidades.

Este informe nos confronta a la necesidad de cambios que hoy cruza a la sociedad chilena y que hemos escuchado. Una necesidad sentida de cambio a la que parece no bastarle que hoy llevemos adelante un programa de reformas profundas, sino que requiere que lo hagamos también abriendo las puertas de la participación en las determinaciones y definiciones que vamos tomando como país.

La sociedad quiere cambios, pero más aún, quiere ser actor de esos cambios, porque desconfía de las élites tradicionales.

Conocemos el ambiente de crispación y cuestionamiento a instituciones y organizaciones, y vemos hasta qué punto se ha ido agudizando la tensión





Dirección de Prensa

entre la política y lo político, entre el espacio institucional donde se procesan los cambios y las demandas sociales. Vemos hasta qué punto se hace difícil el debate para, tal como dice el informe, redefinir los límites de lo posible, debate que confronta a quienes tienen necesidad de expandirlo, con quienes tienen miedo de que la expansión de los límites implique retroceder en los logros que hemos alcanzado, entre quienes creen que la sociedad ha alcanzado madurez y capacidad para ampliar aquello que nos pertenece en común y sobre lo que podemos decidir, y aquellos que temen que esa ampliación derive en desorden y menor desarrollo.

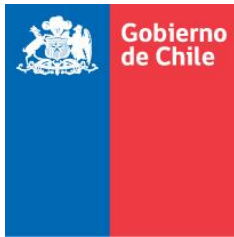
Sin duda el informe nos señala correctamente las corrientes de largo plazo que dan forma a los desafíos y tensiones que hoy día experimentamos.

Entonces, frente a esta realidad, ¿qué es lo que deberíamos hacer?

Déjenme proponer en este debate, tres principios que considero básicos:

En primer lugar, debemos dar sustento, viabilidad y espacio a las dinámicas de cambio, sin duda. Esto equivale a darle gobernabilidad al cambio y a correr los límites de lo posible, en un contexto de democracia institucional y respeto irrestricto al Estado de derecho. Y esa ha sido la convicción de este Gobierno desde el principio. Por eso me he comprometido personalmente con los cambios estructurales que el país demanda y requiere, partiendo por aquellas áreas en el que este mismo informe ha detectado como claves: educación, salud, sistema de pensiones, sistema electoral, por mencionar algunos.

Nada de ello implica poner en riesgo lo que hemos avanzado en materia de libertad, de oportunidades, de bienestar o de estabilidad. Simplemente vemos con claridad que las libertades requieren de un marco de equidad de base para ser reales. Y eso implica que la sociedad de oportunidades que ofrece nuestra democracia, lo sea realmente, desde el comienzo de la vida de las personas, sin distinciones materiales, de género, geográficas o culturales.



Dirección de Prensa

Estamos en sintonía con aquellos que anhelan un Chile distinto, más inclusivo y justo, muchos de quienes probablemente apoyaron activa o pasivamente nuestro programa de Gobierno.

Estamos por cambiar aquello que no contribuye a generar un mayor bienestar social y por mantener lo que sí funciona. No estamos partiendo de cero y estamos conscientes de ello. Porque el cambio no es cataclismo, sino avance y progreso.

Hoy podemos actuar gracias a que en las décadas pasadas se crearon las condiciones institucionales, económicas, expectativas y derechos sociales que nos permiten partir desde un piso más elevado, pero debemos saber reconocer los límites de esas condiciones de cara a las nuevas realidades de la sociedad chilena, y avanzar moviéndolo, ampliándolo, para que todos podamos tener más espacios de acción.

Por eso me parece relevante que hayamos reformado nuestro sistema tributario para hacerlo más equitativo, o que logremos instaurar un nuevo sistema electoral, que junto con otras reformas, nos permitirá tener una democracia más representativa, legítima e inclusiva a los ojos de los ciudadanos. O que hoy estemos llevando a cabo una transformación sustantiva al sistema educativo, que elevará la calidad de la educación pública y generará más equidad e integración social. O que profundicemos nuestra legislación laboral, para crear mayor simetría en las relaciones entre trabajadores y empresarios.

En esas medidas está en juego mucho más que la simple enunciación de derechos o de mayor igualdad formal, o más empoderamiento. Está en juego el reconocimiento real de las capacidades que hoy poseen los chilenos para ser actores de la vida común y de su bienestar personal.

Y creo firmemente, además, que en ese reconocimiento se juega parte importante de la legitimidad de nuestro sistema político, de las instituciones y del Estado.



Dirección de Prensa

No se refuerzan las instituciones solidificando o parchando el orden heredado, sino dotándolo de capacidades y apertura para procesar las demandas y anhelos ciudadanos, incluyendo las tensiones e incertidumbres que suelen acompañar estos procesos. Y no lo digo yo, lo dice también este informe.

El hecho que la gran mayoría de los chilenos y chilenas, el 75% nada menos, demande cambios profundos, pero a la vez inmediatos, y los asuma como posibles, nos demuestra que éste es un camino en el que no podemos ni debemos quedarnos atrás.

Si ese era un primer aspecto, el segundo aspecto que quiero mencionar es que debemos ser capaces de procesar las críticas a nuestra democracia, desde el quehacer democrático.

El descontento con los modos en que funcionan nuestras instituciones y su expresión abierta, sea en las redes sociales, sea en los medios, sea en las calles o sea en la voz de analistas, comentaristas y otros líderes, son también parte de nuestro propio quehacer democrático.

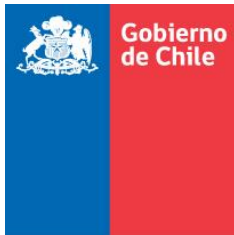
Esto, obviamente, no es argumento para no hacernos cargo desde el Estado de esas críticas. Debemos dotar a nuestras instituciones de la permeabilidad que requieren para escuchar y dialogar con la ciudadanía.

Por cierto que es un diálogo difícil, que tiene tiempos, lenguajes, lugares e intereses diferentes, pero en enfrentar esa dificultad está una de las claves para superar las debilidades de nuestros mecanismos de representación.

Hoy la ciudadanía no sólo demanda ser escuchada por sus representantes, demanda, sobre todo, un modo distinto de conversación, de igual a igual, con exigencias más altas de verdad y transparencia, con compromisos evaluables.

Por eso debemos ponernos al día en nuestras dinámicas instituciones de representación democrática, de manera de resolver la brecha que existe





Dirección de Prensa

hoy y que se viene ensanchando hace tiempo entre las personas y sus representantes, entre las personas y las instituciones.

Hablaba yo del cambio al sistema electoral como modo de ensanchar nuestra democracia y hacerla más competitiva, pero a esto se suma la Ley del Lobby, que permite un mayor control ciudadano de las actividades de sus autoridades y representantes, y que es un avance importante en probidad y transparencia para distinguir intereses públicos e intereses privados.

A ello se suma el proyecto que enviamos en Diciembre pasado, de perfeccionamiento de la democracia y que genera un marco de financiamiento esencialmente público a las campañas, a los partidos y a los candidatos.

Y, por cierto, más allá de todo lo que hemos hecho en este tiempo, las propuestas que nos va a entregar la Comisión Engel, en materia de combatir conflictos de interés, tráfico de influencias o corrupción.

Todo esto, sin duda, constituye un avance, pero sabemos que más allá de la puesta al día institucional, hay una desconfianza más primaria, una duda acerca de la voluntad de los encargados tradicionales de procesar los cambios en el país, para que puedan llevarlos a cabo.

Y desconfía también de los posibles resultados de las transformaciones en curso, porque teme, como nos decía Rodrigo, que no estén a la altura de sus demandas.

Es una desconfianza que se basa no tanto en las capacidades o en la honestidad de los representantes, sino más bien en la exclusión que experimentan a la hora de las decisiones. Por lo mismo que tenemos que promover que las personas se incorporen a ámbitos de decisión cada vez más amplios, que participen de las muchas formas que hoy se desarrollen, que expresen sus puntos de vista, ya sea de manera colectiva o individualmente.



Dirección de Prensa

Y esto me lleva al tercer tema, que es fortalecer las estructuras de participación, de compromiso cívico y de capital social, de manera que disminuyamos la brecha que existe entre decir que es importante participar y participar efectivamente.

Y se trata de un cambio cultural mayor, en el que algunas políticas públicas pueden ser de enorme utilidad.

Por ejemplo, un programa que yo partí en mi Gobierno anterior y que seguimos manteniendo, y que me encanta, es Quiero mi Barrio. Con el Quiero mi Barrio las personas son ellas las que definen cuál es la intervención que se realiza para mejorar sus condiciones de vida, y ha resultado espléndidamente y ha permitido empoderar la organización local o social. Es un modelo que queremos hoy replicar en otras áreas, como las consultas a las comunidades en materia de grandes proyectos, o en la gestión de políticas sectoriales específicas, como trabajo o educación.

En el día de ayer yo comentaba que para lanzar esta nueva Política Nacional Docente, hubo todo un trabajo de diálogo, de audiencias, y en el mes de Enero participaron 20 mil profesores de 209 comunas, profesores de aula, haciendo ver sus planteamientos y siendo parte de esta discusión.

Pero, sin duda, hay también un quehacer que tiene que ver con la formación cívica de nuestra población, con la cohesión de nuestra sociedad, de nuestras identidades locales y nacionales, con la certeza de que el bienestar personal y el bienestar de mi comunidad están profundamente relacionados.

Porque este informe sincera una paradoja, una contradicción que hace tiempo venimos observando: por un lado, estos ciudadanos demandantes dicen “ya no basta con las reformas, queremos ser parte de ellas”, valoran la participación directa y horizontal, “asambleas, plebiscitos”, como escuchamos, y exigen ser parte de las decisiones que los afectan, pero al mismo tiempo, cuando se les plantea y toman conciencia de los costos, desde el tiempo que se requiere dedicar, el sacrificio personal o familiar





Dirección de Prensa

asociado a la participación, tienden mayoritariamente, esas mismas personas que exigen, a restarse de los procesos participativos.

Este informe nos dice que un 45% de las personas encuestadas estarían dispuestas a votar regularmente, pero sólo un 35% estarían por organizarse con otros para movilizarse.

Eso nos llama, entonces, a todos a buscar la forma de correlacionar las demandas por reformas y por la ampliación de derechos, con deberes cívicos que son imprescindibles para generar cambios legítimos y para el mantenimiento de la democracia.

La demanda por mayor participación es un motor de mejor democracia, sólo si va aparejada con el compromiso y la responsabilidad de participar activamente. No basta con demandar, para ser mejor ciudadano. Hay que jugársela en la construcción de las soluciones.

Y nuestra tarea consiste, entonces, en generar los espacios de discusión y en conseguir una revalorización de lo público, que es a lo que apuntan varias de nuestras reformas. Tal vez una de las más importantes en ese sentido, la educación.

La tarea de la ciudadanía debiese consistir, no únicamente, por cierto, en aprovechar estas instancias, pero también en proponer otras para influir en los cambios desde dentro, contribuyendo a la ampliación del marco de lo político y a la adecuación de la política institucional a la realidad social y cultural de nuestro país.

Desde la perspectiva de estos principios que he señalado, estamos en un momento complejo –como habría dicho un antecesor mío, “qué duda cabe”-, pero es también una oportunidad, la oportunidad de encontrarnos en la tradición común de nuestros sueños, como país, en realidad, es tangible, que se condigan con las expectativas de las personas y con la necesidad de sostener nuestro orden común.





Dirección de Prensa

La oportunidad de trenzar las diversidades y las subjetividades en un “nosotros común”, no sólo desde los símbolos sino también desde la perspectiva cotidiana de la vida y del desarrollo de nuestros hombres y mujeres.

Amigas y amigos:

El desarrollo, nos lo recuerdan los informes del PNUD, es mucho más que crecimiento económico o eficiencia institucional. Es una sociedad donde sus habitantes son sujetos y agentes de sus propias vidas y de la vida en común.

Por eso, para alcanzar tal desarrollo humano es indispensable escuchar y dialogar con las necesidades objetivas de la población, pero también con las subjetivas: sus inquietudes, sus opiniones, sus esperanzas, sus sueños, sus anhelos.

Son tales sueños y anhelos los que nos ponen a todos en marcha, los que nos motivan a avanzar hacia la construcción de ese país mejor, más equitativo y más justo.

Y son aquellas inquietudes, opiniones y esperanzas las que definen, amplían o contraen el horizonte de lo posible y hacen realizables las transformaciones que Chile demanda.

Este horizonte es hoy lo suficientemente extenso y debemos aprovechar el promisorio camino al que nos invita como sociedad.

Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

Santiago, 21 de Abril de 2015.

MIs/lfs.